

animar á los otros con nuestro ejemplo y con nuestros discursos.

3.º *Ánimo que por otro lado no sirve para preservarlo de toda flaqueza...* Al ver aquí á santo Tomás mostrarse el mas valeroso de los Apóstoles, no se puede dejar de llamar á la memoria que él es el mismo que no solo se huyó con los otros, sino que tambien se mostró despues el mas incrédulo. ¡Ay de mí! ¡y cuán débiles é inconstantes somos! Hoy somos fervorosos, y estamos dispuestos á sufrirlo todo por Dios, y acaso mañana serémos viles y pérfidos. El mismo día y tal vez la misma hora nos ve formar las mas santas resoluciones, y caer en las culpas mas vergonzosas. ¡Ah! no hagamos jamás caudal de nuestra virtud: desconfiemos continuamente de nosotros mismos. Nuestra seguridad está en temer, orar y velar continuamente.

Petición y coloquio.

Haced, ó Señor, que penetrado yo de estas verdades sea siempre y constantemente bueno, y no solo con el deseo ó con pasajeros fervores... Concededme aquellos sentimientos heróicos, aquella fidelidad inmutable y aquella caridad entendida que distingue vuestros verdaderos discípulos. Si no tengo la dicha de ser destinado á dar mi vida por Vos, ó Jesús, hay una muerte que todo cristiano debe darse á sí mismo; concededme esta gracia: esto es, la mortificación continua de los deseos de la carne. Amen.

MEDITACION CCXXIX.

DISCURSO QUE TUVO JESÚS CON MARTA ANTES DE LA RESURRECCION DE LÁZARO.

(Joan. xi, 17-27).

Aquí encontramos: 1.º un modelo de confianza en Jesucristo; 2.º el fundamento de la moral entre los hombres; 3.º un manantial de consolaciones para la fe cristiana.

PUNTO I.

Modelo de confianza en Jesucristo.

«Vino, pues, Jesús, y halló que habia ya cuatro dias que estaba «sepultado. Y distaba Betania de Jerusalem cerca de quince estadios¹. Y muchos judíos habian venido á Marta y María para consolarlas en órden á su hermano. Marta, pues, cuando oyó que ve-

¹ Como media legua castellana.

«nia Jesús, le salió al encuentro, y María estaba sentada en casa...» Discurriendo Jesús con sus discípulos, llegó cerca de Betania, y aquí oyó lo que no ignoraba, que Lázaro estaba sepultado ya habia cuatro dias. Habian venido muchos habitadores de Jerusalem para consolar á las dos hermanas, que eran de mucha consideracion en la ciudad, y ellos debian ser otros tantos testigos del milagro. Se estaba María en lo interior de la casa en compañía de aquellos consoladores, frecuentemente molestos, y por lo menos insuficientes para corazones íntimamente conmovidos. Mientras que Marta (*ocupada fuera de casa*) «oyó que venia Jesús, le salió al encuentro... ¡Ah! Señor, dijo á Jesús (*al acercarse*), si hubieras estado aquí no hubiera «muerto mi hermano. Pero tambien sé ahora que todo lo que pidieras á Dios, Dios te lo concederá...» ¡Qué dulzura! ¡qué ternura! ¡qué fe! ¡qué respeto en estas palabras y en esta oracion humilde! En ella encontramos un modelo perfecto de la confianza que debemos tener en Jesús.

Lo 1.º *Por lo pasado...* «Si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano...» No, Señor, Vos lo habriais sanado con una sola palabra: tal es la bondad vuestra, que no habriais querido dejarle morir delante de vuestros ojos: tal es vuestro poder, que lo habriais preservado de la muerte; pero Vos habeis querido estar ausente, bien que ausente podiais todavía sanarlo; no habeis querido: Vos sois el Señor y el Dueño absoluto, nosotras nos sometemos á vuestras órdenes, y bien que rigurosas, no disminuirán jamás nuestro amor para con Vos, ni la fe ni la confianza que tenemos en Vos... Tal es el lenguaje de Marta, tal debe ser el nuestro. Los accidentes pasados, las desgracias que nos han sucedido, no deben jamás hacernos dudar de la potencia ni de la bondad del Señor; no debemos excitar en nuestro corazon ni lamentos, ni quejas, antes bien deben servir para doblar nuestra confianza, nuestro amor y nuestra submission.

Lo 2.º *Por lo presente...* «Pero tambien sé ahora que todo lo que «pidieras á Dios, Dios te lo concederá... ¡Qué confianza! Pero Marta, ¿qué esperas tú aun ahora? Tu hermano ha estado enfermo, has hecho recurso á Jesús, él ha diferido el venir, tu hermano ha muerto, ¿y aun no se abate tu confianza?... No, en la muerte misma: *aun ahora*, en el estado en que están las cosas, y en que se trata nada menos que de la resurreccion de mi hermano, yo no desespero; mi confianza se sostiene aun... Hé aquí, ó Señor, lo que yo pienso de Vos, y me consuelo. Sé lo que podeis, Dios nada os niega de

cuanto quereis pedirle... ¡Oh y cuánto agradan á Jesús estos sentimientos! Sirvámonos de ellos tambien nosotros. En cualquier estado que nos hallemos, fáltennos enhorabuena todos los demás expedientes, parezca tambien que todo está perdido y desesperado, digamos con Marta... *«aun ahora, bien que nos parezca tardío el socorro... «Cualquiera cosa que pediréis á Dios, ó Salvador mio, Dios os la «concederá...»* ¿Qué digo yo? ¡oh Jesús! Vos sois Dios al mismo tiempo y hombre: como hombre podeis orar, pedir, merecer, interceder; y porque en Vos el hombre es Dios, vuestra peticion, vuestra intercesion y vuestros méritos son de un precio infinito, y vuestra oracion es siempre oida. Rogad, pues, por mí como hombre, y oidme como Dios.

Lo 3.º *«Por lo venidero... Es de observar que Marta no hace aqui peticion alguna positiva... Habia ella enviado á decir al Salvador... «Aquel que tú amas está enfermo...» Ahora exprime su confianza en su bondad, diciendo... «Si hubieras estado aquí, no hubiera «muerto mi hermano...» Manifiesta su fe en su poder, añadiendo... «Pero cualquiera cosa que pedirás á Dios, Dios te la concederá...» Mas de ninguna manera declara sus deseos: por otro lado, Jesucristo no le pregunta ni le dice como á los ciegos... «¿Qué queréis que yo os haga?...» ¿Cuáles son, pues, los sentimientos de esta grande alma? Preguntémosle nosotros mismos. Marta, ahora que tu hermano ha muerto, ¿qué puedes tú esperar de Jesús, sino que lo resucite? Sé, responde Marta, sé que lo puede. ¿Lo pides tú? No. ¿Lo deseas tú? Este es el mas ardiente de mis deseos. ¿Lo esperas tú? Me son ocultos los designios de Jesús. No sé lo que querrá Jesús, me conformo con su santa voluntad: no vino cuando deseábamos que viniese, puede no concedernos el milagro que deseamos, hágase su voluntad: si no obra el milagro de la resurreccion de mi hermano, él mismo será, á lo menos, nuestra consolacion... ¡Ah! si supiésemos orar así, ¿qué no conseguiríamos de nuestro Salvador?»*

PUNTO II.

Fundamento de la moral entre los hombres.

Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará...» Esto era decir mucho: con todo eso Marta habria deseado una seguridad mas precisa de una próxima resurreccion, y sin dudar, para obtener esta declaracion, le respondió: «Sé que resucitará en la resurreccion del último dia...» Esta es mi fe y la creencia de todo Israel... Pero antes de pasar

mas adelante, parémonos aquí un momento á meditar una verdad capital, general y comun á todas las naciones, y el fundamento de las costumbres entre todos los hombres.

1.º *«Entre los judíos... Para con los judíos, que habian conservado mejor la tradicion de los Patriarcas y la institucion de Dios, la cuestion de la inmortalidad del alma y de la resurreccion de los cuerpos era la misma. Esto es lo que le hace decir frecuentemente á san Pablo que si no hay resurreccion de los muertos, la Religion es vana. Por esto tambien el error de los impíos entre los judíos consistia en negar la resurreccion, que era negar al mismo tiempo la inmortalidad del alma y la otra vida. Estos se llamaban saduceos; esto es, justos, porque se gloriaban de practicar la justicia por amor de ella misma. Pero la práctica de la justicia, donde nada hay que esperar para aquellos que la practican, ni que temer para los que la quebrantan, es una quimera que no puede producir otra cosa que la perversidad de las costumbres.»*

2.º *«Entre los paganos... Para con los paganos se habia perdido de vista la resurreccion de los cuerpos; pero se habia conservado la creencia de la inmortalidad del alma, porque de hecho esta verdad impresa en nuestros corazones es el fundamento de toda la moral, y el vínculo, no solo de la Religion, sino tambien de la sociedad. Mas en cuanto á esto, el paganismo, así como la verdadera religion, tuvo sus impíos, los cuales, no contentos con rebatir las fábulas en que la imaginacion de los poetas habia envuelto esta verdad, llegaron hasta negar la inmortalidad del alma, y la justicia de Dios vengador del pecado y remunerador de la virtud. Pero si negando este dogma pudieron hacerse atrevidos para pecar, no pudieron en este estado vivir libres y tranquilos. ¡Feliz, dice uno de sus poetas, aquel que ha podido hacerse superior á los temores de la muerte y de Aqueronte! ¡Ojalá, dice otro, que nuestras almas pudiesen con el cuerpo! En esto estaban á lo menos de buena fe, reducidos á un simple deseo; ni jamás podrá algun impío pasar mas allá.»*

3.º *«Entre los cristianos... Entre nosotros la resurreccion de los cuerpos es un dogma claro, cierto é inconcuso, como el dogma de la inmortalidad del alma y de la otra vida. Demos gracias á Dios por habernos multiplicado las pruebas y la certidumbre. Hagamos de esta verdad el júbilo y la consolacion de nuestra vida, y sea ella la regla invariable de nuestras costumbres.»*

PUNTO III.

Consolacion de la fe cristiana.

1.º *Para los muertos...* Si Jesucristo no concedió á Marta la declaracion precisa, que al parecer deseaba, le concedió un favor mucho mas precioso, cual fue hacerle oír las palabras, acaso las mas sublimes y de mayor consolacion que hayan jamás salido de su divina boca... «Dijole Jesús: yo soy la resurreccion y la vida. El que «cree en mí, aunque haya muerto, vivirá...» Jesús es la resurreccion y la vida: de él tienen los hombres la vida del cuerpo y la del alma. Su poder es el que resucitará todos los muertos, y su gracia la que resucitará aquellos que creen en él para una vida bienaventurada y eterna. De esta manera aquel pariente, aquel amigo, cuya muerte lloro, y que espiró en la fe de la Iglesia, está lleno de sentimientos de religion y vivo, bien que para mí esté muerto: en el seno de la muerte misma goza de la vida en Jesucristo. La tierra posee solamente su cuerpo, que le será restituido; pero él vive y goza, ó está en el camino de gozar bien presto de una vida celestial y glorificada con Jesucristo, con los Ángeles y con los Santos.

2.º *Para los vivos...* «Y todo aquel que vive y cree en mí, no «morirá eternamente...» ¡Oh palabra llena de consolacion! Yo que gozo actualmente de la vida, ¿por qué temeré la muerte? Ya que si creo en Jesucristo (y creo en él con todo mi corazón), no moriré jamás. Dejaré solamente este cuerpo débil y enfermo para volverlo á tomar un dia impasible y glorioso; pero en la expectacion de aquel gran dia, y al salir de este cuerpo, continuaré á vivir, no haré otra cosa que mudar de habitacion, y en vez de vivir sobre la tierra en medio de los pecados que la inundan, viviré en el cielo con Jesucristo, en el seno de la gloria. Brame y estremézcase la naturaleza al pasaje del tiempo á la eternidad, por mí no me sorprendo de esto, ella es ciega; pero mi fe en Jesucristo me anima y me sostiene. Túrbeme, enhorabuena, la memoria de mis pecados, esto es natural, y yo lo merezco; pero retracto mis pecados, los he detestado, los he confesado, y los detesto aun ahora. Mi fe en Jesucristo, en sus méritos, en sus promesas, en sus Sacramentos, en sus misericordias me sostiene y me conforta. Yo creo en él: hé aquí todo lo que él exige de mí: con esto me presentaré á él con confianza, lleno de consolacion y de júbilo.

3.º *Exámen de nuestra fe...* Acabó el Salvador con preguntar á

Marta... «¿Crees tú esto? Ella le dijo: Sí, Señor, yo he creído que «tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido á este mundo...» Examinemos nosotros mismos nuestra fe. ¿Creemos nosotros bien estas verdades? Si las creemos, crezcamos cada dia en esta fe, alimentemos de ella nuestro corazón, hagamos de ella la regla de nuestras acciones, y la consolacion y las delicias de nuestra vida.

Peticion y coloquio.

Ó Jesús, Vos sois mi vida, de Vos tengo la vida natural, de Vos tengo la vida de la gracia. Vos sois mi resurreccion, por Vos puedo recobrar la vida de la gracia si llego á perderla, ó si ya la he perdido: por Vos este cuerpo mortal debe un dia ser revestido de la bienaventurada inmortalidad. ¡Cuántos títulos, ó amable Salvador mio, para unirme inviolablemente á Vos!... «Cualquiera que vive «y cree en Vos, no morirá eternamente...» Lo creo, y regularé en adelante mi vida sobre esta creencia. Obtendme el aumento y la práctica fiel de esta fe. Vuestro Padre me concederá todo lo que Vos le pediréis por mí: él no puede desechar vuestras súplicas, ni negar cosa alguna al precio de la sangre que habeis derramado por nosotros. Concededme Vos mismo, con vuestro Padre, como principio de vida, lo que le pedís como mediador entre él y nosotros... Aumentad en mí esta fe que todo lo obtiene de Vos aquí en la tierra, para que pueda vivir eternamente con Vos en el cielo... Amen.

MEDITACION CCXXX.

DISCURSO QUE TUVO JESÚS CON MARÍA, HERMANA DE MARTA,
ANTES DE LA RESURRECCION DE LÁZARO.

(Joan. xi, 28-37).

Consideremos aquí: 1.º las lágrimas de María; 2.º las lágrimas de los judíos; 3.º las lágrimas de Jesús.

PUNTO I.

Las lágrimas de María.

1.º *Lágrimas cristianas*, porque es Jesucristo el que la llama en el silencio, y porque ella va con diligencia á Jesucristo... «Y dicho «esto, fué y llamó en secreto á María su hermana, diciéndole: Aquí «está el Maestro, y te llama...» ¡Qué nueva para María!... «Ella, «apenas oyó esto, se levantó con priesa, y fué á él...» En nuestras aflicciones y en nuestras penas Jesús nos llama en el fondo de nues-

tro corazón, nos pregunta, nos convida á ir á él, y á buscar en él solo nuestra consolación. Imitemos la solicitud y la diligencia de María: dejemos aparte los hombres para ir á derramar nuestro corazón y nuestras lágrimas á los piés de Jesucristo.

2.º *Lágrimas desconocidas al mundo...* «Porque Jesús no había «entrado aun en la aldea, sino que estaba en aquel lugar donde «había ido Marta á encontrarlo. Los judíos, pues, que estaban en «casa con ella y la consolaban, habiendo visto á María levantarse «con prisa y salir fuera, la siguieron diciendo: ella va al sepulcro «para llorar allí...» Siendo costumbre enterrar los muertos fuera de las poblaciones, Jesús, que quería resucitar á Lázaro, y no entrar en casa de las dos hermanas sino despues de haberles restituido su hermano, se quedó fuera de la aldea en el lugar mismo donde Marta lo había dejado. Quería también, quedando en el mismo puesto, que los judíos que estaban ocupados en consolar á María viniesen por sí mismos, y sin sospechar cosa alguna, para ser testigos del grande milagro que estaba para obrar. Finalmente, quería dar á María el consuelo de llorar á sus piés, y manifestarle el exceso de su dolor con la abundancia de sus lágrimas... ¡Oh dulces lágrimas que el mundo no conoce, que el mundo critica ó que interpreta á su modo, no suponiendo en nosotros sino motivos humanos, humor y capricho, siendo estos por los que él mismo obra!

3.º *Lágrimas de consuelo...* Los judíos, pues, siguieron á María, Marta también la siguió, sabiendo muy bien dónde iba su hermana. «Y María, habiendo llegado donde estaba Jesús, luego que lo «vió, se echó á sus piés, y le dijo (*como su hermana, con otra tanta confianza, y aun con mayor ternura*): Señor, si hubiérais aquí «estado, no habría muerto mi hermano...» Apenas pronunció estas palabras, se desató en lágrimas, de manera que sus llantos y sus sollozos no le permitieron decir más... «Jesús cuando la vió llorando y que lloraban los judíos que habían venido con ella...» no quiso interrumpirla, y le permitió dar un curso libre á sus lágrimas... Lloro, pues, tierna María, llora á los piés de tu Salvador y delante de sus ojos. ¡Ah! ¡de cuánto consuelo son estas lágrimas! ¡Cuán diferentes son de aquellas que has derramado en secreto y de aquellas que te se han caído en presencia de aquellos que venían á consolarte! Tú lloras á los piés de tu Maestro, á los piés de quien otras veces escuchabas la voz, y á los piés de quien oye tus gemidos. Entonces sus palabras enternecian tu corazón, ahora tus lágrimas penetran el suyo. ¡Ah! tú no lloras sin esperanza y sin amor.

¡Quién me dará á mí llorar así á los piés de mi Salvador, y llorar allí mis pecados, y deplorar mi miseria! ¿Y por qué no llevaré yo á los piés de este divino Consolador todas mis penas, todas mis aflicciones? Si las encierro en mí mismo, no hago otra cosa con revolverlas en mi mente que agravarlas siempre más. Si las llevo á los hombres, no puedo aliviarme, y muchas veces sus discursos aduladores me sirven más bien de aumentar mi pena que de librarme de ella. Vos solo, ó Jesús, Vos sois el divino consolador que desea mi alma. Vos me llamáis, á Vos solo corro. Vos no me prohibís que llore, y mis lágrimas esparcidas en vuestra presencia, al pié de vuestra cruz, corren con dulzura, y bien presto vuestro amor y la vista de vuestros tormentos sanan la llaga de mi corazón, calman mis dolores, endulzan mis penas, y me las hacen amar. Vos, pues, seréis, en todos los accidentes de mi vida, mi recurso, mi esperanza y mi único consuelo.

PUNTO II.

Lágrimas de Jesucristo.

«Jesús entonces, viendo á ella llorar, y que lloraban los judíos «que habían venido con ella, se conmovió interiormente, y se turbó á sí mismo...» Al tierno espectáculo de María que lloraba á los piés de Jesús, no pudieron contener las lágrimas los judíos que la habían acompañado. Pero ¿qué lágrimas? Lágrimas que por lo ordinario derrama el mundo.

1.º *Lágrimas materiales...* Se llora porque se ve llorar, sin que el corazón esté movido de algún sentimiento, y sin que se sepa tampoco lo que se llora.

2.º *Lágrimas hipócritas...* Lloran algunos con una familia afligida, é interiormente se alegran de su desgracia... Lloran, y observan con ojo maligno todo lo que sucede para hacer de ello despues objeto de su censura y de su crítica. Lloran el muerto, y se alegran de dividir sus despojos; aspiran á sus títulos, á sus dignidades y á sus empleos.

3.º *Lágrimas paganas,* que se derraman sin fe, sin religion, sin relacion á Dios, y sin reflexion á sí mismos. Á los ojos de Jesús que penetraba el fondo de sus corazones, ¡cuál debió ser el contraste de las lágrimas de María y de las lágrimas de estos judíos, por la mayor parte endurecidos, infieles é incrédulos, no obstante los grandes prodigios que había obrado entre ellos en Jerusalem! De aquí es

que el divino Salvador permitió que á tal vista se levantase en su alma una conmocion mezclada de indignacion y de misericordia, y quiso que esta turbacion interna se manifestase aun en su rostro y en lo externo, con el fin de llamar sobre sí toda la atencion de los circunstantes... No lo perdamos tampoco nosotros de vista en toda esta grande accion, y estemos atentos á cuanto va á suceder.

PUNTO III.

Lágrimas de Jesús.

1.º *Lágrimas divinas y santificantes...* Teniendo todos los presentes fijos los ojos en Jesús... «dijo: ¿Dónde lo habeis puesto?...» No lo ignoraba; pero hablaba aquí como hombre, y como solia hacer en el uso comun de la vida... «Le dijeron: Señor, ven y ve...» Fué con ellos al lugar de la sepultura... Se le mostró el sepulcro. «Y le vinieron las lágrimas á Jesús...» ¡Oh lágrimas divinas, cuán preciosas sois y cuán instructivas! Vos llorais, ó divino Jesús. ¡Oh corazon tierno y compasivo! Vos llorais un amigo muerto para enseñarnos que en semejante ocasion, si se nos manda la conformidad y la sumision, no se nos vedan las lágrimas. Vos llorais por endulzar nuestras lágrimas, por santificarlas, y por enjugar su causa y su origen. Vos llorais no solo la muerte de este amigo que quereis restituir á la vida, sino tambien sobre la muerte de todos los hombres, y sobre el pecado que es su causa: Vos llorais sobre nosotros, cuyo mayor número se precipita en la muerte eterna. Llorais mucho menos la muerte del cuerpo de Lázaro que la muerte del alma en nosotros, en quien veis figurada una ceguedad y un endurecimiento ¡ay de mí! muy semejante al de los judíos que en este momento os cercan. ¡Ah! divino Jesús, Vos llorais mis pecados, y yo á su vista me estoy insensible: no permitais, ó Señor, una tal dureza, aplicadme el mérito de vuestras lágrimas; exciten ellas las mias, y háganme derramar lágrimas de una sincera penitencia y del mas tierno amor, ablanden mi corazon, y laven mi alma de todas sus inmundicias.

2.º *Lágrimas poco comprendidas...* «Y dijeron los judíos: Ved cómo lo amaba...» No conocian ellos todo el misterio de las lágrimas de Jesús. Pero nosotros que lo conocemos, nosotros que hemos visto correr por nuestro amor, no sólo sus lágrimas, sino tambien toda su sangre en la cruz, y que la vemos aun cada dia correr sobre los altares, ¡cómo es posible que no exclamemos transpor-

tados de reconocimiento: *hé aqui cómo nos amó!* ¡Oh santo amor, oh ardiente amor! penetrad mi corazon, encended mi corazon, consumid mi corazon: ya, pues, no vivo yo sino de Vos y para Vos.

3.º *Lágrimas, origen de blasfemias contra Jesús...* «Y algunos de ellos dijeron: ¿Y no podia este que abrió los ojos del ciego de su nacimiento hacer tambien que este no muriese?...» ¿No se avergonzarán jamás los impíos modernos de ser continuamente el vivo retrato de estos judíos endurecidos? De hecho, si los comparamos unos con otros hallaremos en los unos y en los otros... 1.º *La misma importunidad...* Á cada encuentro, á cualquier propósito, de cualquiera cosa que se trate, interrumpen ellos la conversacion para decir blasfemias, atacar á Dios, á su Cristo, para insultar á Moisés y al Mesías, para ultrajar la Religion y sus ministros. Qué en medio de una familia desolada, en medio de las lágrimas que todo el mundo derrama, á la vista del sepulcro que hace derramar estas lágrimas, ¿era acaso esta para estos judíos la ocasion de hacer una reflexion tan ridicula y tan maligna?... 2.º *La misma fuerza de razonamiento...* De lo que no es se concluye lo que es, de lo que no se sabe, lo que es notorio... ¡No ha impedido que Lázaro muriese! Pero vosotros no sabeis, ó judíos, vosotros no entendeis por qué no lo haya impedido. ¿Qué concluís vosotros de aquí? ¿Se sigue por ventura que no haya sanado al ciego de su nacimiento? ¿Se sigue de ahí, acaso, que la sanidad del ciego, tal cual él la ha obrado, no sea un milagro? ¡Qué absurdo!... 3.º *El mismo artificio...* No se pretende hacer un razonamiento claro, ni dar una prueba en forma; es una palabra que se suelta, una sospecha que se insinúa, una duda que se propone, una pregunta que se hace, un nudo ó una dificultad que se arroja, y una nube que se extiende; y se hallan muchos espíritus débiles que de estas cosas se perturban, espíritus irregulares que se dejan engañar, y espíritus presuntuosos que se honran con repetir y publicar las mismas blasfemias... 4.º *Finalmente la misma obstinacion...* ¿Qué dirán estos espíritus razonadores que vienen calificados por espíritus fuertes, qué dirán cuando vean este mismo Jesús que habia sanado al ciego de su nacimiento resucitar á Lázaro? ¿Qué dirán? Dirán lo que dijeron los judíos: que conviene hacer morir á Jesús y á Lázaro... No os imagineis, pues, que fuese la fuerza del razonamiento, la extension de los conocimientos ó lo sublime del genio lo que les hace pensar así: no, es el orgullo, y es la vanidad y la corrupcion de su corazon... Responded á las dificultades de los falsos filósofos, desenredad sus so-

fismas, haced palpables sus errores; la verdad no será para ellos mas amable, antes vosotros os haréis para ellos mas odiosos. Crecerá su odio á medida que vosotros os fatigaréis en desengañarlos y en preservar los otros de sus engaños; y si tuvieran autoridad y la fuerza en su mano, bien presto vendríaís á ser víctimas de vuestro celo.

Peticion y coloquio.

«*Venid, y ved:*» ó Jesús, visitad con vuestra gracia mi alma muerta por el pecado... Acercaos á mi corazón, ó divino Salvador, no obstante la corrupcion de sus iniquidades. Contemplad lo que he venido á ser por el pecado, acordaos de lo que yo era por vuestra adopcion, mostrad lo que aun puedo venir á ser por vuestra misericordia. Amen.

MEDITACION CCXXXI.

JESÚS RESUCITA Á LÁZARO.

(Joan. xi, 38-46).

Meditemos : 1.º el estado á que nos reduce la muerte; 2.º la razon de Jesús; 3.º la sanidad de Lázaro.

PUNTO I.

Del estado á que nos reduce la muerte.

«Mas Jesús conmoviéndose interiormente de nuevo llegó á la sepultura...» Los discursos de los judíos, que Jesucristo penetraba, excitaron de nuevo su indignacion. Se indignó principalmente al verse en la necesidad de obrar milagros suficientes para convencer á todos los incrédulos, y de no poder esperar sino un éxito muy corto. Penetrado de este triste pensamiento se adelantó y fué hasta el monumento con todos aquellos que lo acompañaban... Vamos tambien nosotros adelante con él, contemplemos aquel sepulcro, y veamos en él qué cosa es el hombre, y qué cosa viene á ser despues de su muerte.

1.º *Sus sustancias...* ¿Qué cosa era este sepulcro? «Era una caverna (*socavada en la roca*) á la que habian puesto encima una lápida...» Un túmulo le cerraba la entrada. ¡Un túmulo! Hé aquí, pues, todo lo que le queda al hombre de sus tierras, de sus reinos, de sus casas, de sus palacios. Eran acaso necesarias jornadas enteras para recorrer sus dominios, y ahora que está en el sepulcro, con solo un paso se puede recorrer toda su persona... Pero ¿qué hay

en el sepulcro? Huesos, podredumbre y gusanos. Hé aquí sus riquezas, sus tesoros y sus sustancias... ¿Y qué mas hay? Una noche oscura, una perfecta soledad. Ya no hay allí aquellos bellos dias, aquellas noches brillantes pasadas en juegos, en festines, en danzas, en conciertos. Ya no se verán allí aquellos teatros que deslumbraban, aquellos pomposos espectáculos, aquellas espléndidas juntas; dura para siempre allí la separacion hecha de aquellos amigos fieles, de aquellos compañeros de la disolucion, de aquellos objetos que tenian esclavo el corazón. De todo esto no queda allí otra cosa que soledad y noche... ¿Cómo está el hombre en este sepulcro? Allí está acostado, tendido, sin movimiento, sin sentido... Entre los judíos estaba vestido de un trapo viejo, fajado desde las espaldas hasta los piés con fajas anchas de lino, cubierto el rostro con un sudario ó paño que le tenia envuelta la cabeza, y hé aquí con poca diferencia lo que se usa entre nosotros; y hé aquí en lo que para y á lo que se reduce el esplendor de los vestidos, la magnificencia de los muebles, la suntuosidad de los adornos, y todo lo que el mundo admira en los grandes, y que los pequeños se esfuerzan á imitar en cuanto pueden... ¡Oh bienes, oh fortuna! riquezas, potencias, esplendor, dignidades, placeres del mundo, hé aquí á lo que os reducís. No es ya este un misterio oscuro que la impiedad pueda poner en duda. Bastan los ojos para quedar convencidos... «*Venid, y ved...*»

2.º *Su gloria...* ¿Qué se hace en este sepulcro? En él reina un profundo y horrible silencio que no se interrumpe ni con el estrépito de la fama, ni con los discursos de los hombres, ni con los escritos de los sábios. Nada puede penetrar allí dentro de cuanto se hace, de cuanto se dice, de cuanto se escribe, de cuanto sucede sobre la tierra. Puede el túmulo llevar por defuera inscripciones fastuosas, títulos pomposos que podrán leer los vivientes; pero dentro todo está sordo, mudo é insensible.

3.º *Su cuerpo...* ¿Qué viene á ser el cuerpo del hombre en el sepulcro? Habiendo llegado Jesús al sepulcro... «dijo: Quitad la piedra. Marta, hermana del difunto, le dijo: Señor, ya apesta, porque es de cuatro dias...» ¡Cuatro dias! frívolas bellezas, beldades pasajeras, regalad vuestra carne, adornad vuestras cabezas, desfigurad vuestras facciones, desahumad con perfumes vuestros cuerpos, amontonad vuestras modas, tomad tambien prestadas del arte y con grandes gastos vuestras engañadoras hermosuras. ¡Atenciones ridículas, penas inútiles! Despues de cuatro dias no seréis